

¡ANDE LA DANZA!

Los bailes de máscaras ó de los otros, menudean ya que es un gusto.

Este año han comenzado, ó así á lo menos me lo parece, más temprano que en los anteriores, y los pollos alegres, esos «jóvenes que van bailando y al infierno van danzando», como dijo el Padre Astete, se dan ya sus sesiones coreográficas de tres á cuatro tanditas, y aun á veces de más.

Los jóvenes elegantes y aficionados á las aventuras nocturnas, ya andan pensando en que vuelvan á celebrarse los bailecitos con traje de etiqueta para lucir el frac ó la levita.



Dentro de poco se podrán ver nuevamente los mismos ejemplares de todos los años.

A Rodolfo Lioso nos le volveremos á encontrar por la calle, verdaderamente deslumbrador, con un gabán que sólo aparece las noches coreográficas, mostrando la levita por debajo, y con el sombrero decopa encasquetado hasta los ojos; muy echado hacia atrás y con aspecto de paralelepípedo cuadrangular, como dice un chico que se prepara para la Politécnica.

Lioso, va como diciendo á todo el mundo: «¡Voy al baile! ¡Voy al baile!», y así se lo asegura á algún amigo que se lo pregunta; pero luego resulta que en lo que emplea el tiempo estas noches es en pasearse por las afueras.

¡Son tan caras estas diversiones!

Otros, sin embargo, se las arreglan de manera que les salen relativamente muy baratas.

Conozco yo un señor, muy *cuco de suyo*, que se dedica á prestar dinero sobre fincas, y ya ha hundido bastantes; pues bien, mi hombre, á pesar de ser económico y á pesar de sus años, todavía le gusta echar una canita al aire para recordar sus buenos tiempos.

Sólo que fiel á su sistema, procura que le cueste más baratito que á nadie, y empieza por adquirir el billete como algunos adquieren los de ferrocarril á mitad de precio.



¿Que cómo? Pues muy sencillo. Como siempre las empresas regalan billetes, nuestro hombre, en combinación con un vividor amigo suyo que ha sido agente ejecutivo y que goza de *metimiento* con todos los contadores de fondos provinciales y de fondos de empresas coreográficas, adquiere á poco precio un billete *de convite*.

Una vez ya dentro, éste ciudadano es de los

que se *cuelan* en un palco de amigos y come con ellos en aras de la amistad.

Por eso suele decir al día siguiente:

—Verdad es que me costó el baile tener que darle á Desahogadillo dos pesetas por el billete; pero en cambio me he ahorrado la cena... y el almuerzo. Y además, me traje una botella vacía que ya me darán por ella 15 céntimos.

En cambio, otros señores, que

«allá en sus tiernos años
al templo de *Terpsicore*
dirigieron sus pasos»,

y que ahora claman contra el género *chico*, las fotografías de la bella Guerrero y no sé si también de los fósforos de ruido, principian ya á vociferar contra las prematuras orgías.

Y crean ustedes que estos timoratos, abundan más de lo que parece.

La otra noche, en una Sociedad creada para la defensa de los intereses materiales del gremio de jaboneros, y que anda la pobre—la sociedad—bastante mal, un miembro de aquella, se permitió proponer como única solución, organizar un bailecito de máscaras.



La mayoría, la mayoría de los «señores socios», levantándose de sus asientos, protestó de la ligereza del joven orador, por considerar pecaminosa en alto grado la idea.

Después de todo, yo opino con estos jaboneros tímidos, porque aquí, en secreto, aborrezco los bailes.

Todavía recuerdo uno en que me sustraje el reloj.

Y eso que era baile... de buena sociedad.

Candela.

EL LAZO NEGRO

Cualquiera que hubiese visto á Mario tendido en su otomana, con la mirada perdida en el espacio, apurando el veguero que encendió al terminar la comida, y retorciendo distraído las guías del bigote, hubiérale creído un hombre feliz, que esperaba, saboreando su dicha, que el cigarro se consumiera para cerrar los párpados, dando por terminada la lucha diaria con el mundo.

Pero se habría equivocado quien tal creyera.

Lo que Mario esperaba, dominando su impaciencia, era que llegase el momento de ir á reunirse con su amante, para tomar asiento en el último expreso y salir de Madrid, huyendo de la desesperante monotonía de su hogar y de la insoportable soledad en que vegetaba.

Luisa, la esposa modelo, fiel, honrada, leal, no le satisfacía. Para ser feliz, necesitaba Mario el amor de un alma apasionada, turbulenta, pródiga en emociones fuertes, que diariamente se renovara impresionándole. Y Luisa no era aquella alma. Ser más apacible, más sumiso, más dócil, más tranquilo que ella, con dificultad pudiera hallarse.

En cambio, aquella horizontal inconstante, caprichosa, difícil de contentar, que sólo mostrábase satisfecha cuando Mario padecía por sus veleidades; aquella criatura irascible, violenta, histérica, extravagante, envuelta en los misterios de un pasado desconocido, que todo lo quería y de todo se cansaba; que disfrutaba viendo á Mario rendido y suplicante á sus pies, sufriendo sus injustos desdenes, y que parecía deleitarse más cuanto más él se degradaba y envejecía... Aquella mujer tenía loco. Aspiraba á ser amado por un alma incapacitada para el amor.

Y así como le causaban y le aburrían las virtudes y las delicadezas de la esposa, en

briagábanle y le entontecían las torpezas y los desplantes canallescos de la amante. Mariposa vagabunda, abandonaba la impoluta azucena para ir á posarse en el áspero cardo caído en el lodo.

**

Aproximábase la hora de la partida, y Mario abandonó la otomana.

Antes de salir de su casa, necesitaba cumplir lo que él creía un deber de conciencia. No era cosa de dejar sin recursos á Luisa. Después de todo, era la esposa irreprochable y la madre de aquel pequeñuelo, fruto del amor extinguido en el corazón de Mario.

Sacó de uno de los cajones de la mesa un abultado sobre, y antes de cerrarle leyó detenidamente la carta dirigida á Luisa, que acompañaba á un grueso fajo de billetes del Banco.

¡Ah! ¡Si el niño fuera mayor, no le dejaría; llevaríale consigo!

Mas ya que esto no era posible, que tuviera una prueba del cariño de su padre en aquel puñado de billetes.

Cerró el sobre. Ya no faltaba más que hacer. El momento de la marcha había llegado.

Calóse Mario el hongo preparado para el viaje, y se dirigió hacia la puerta. Pero se detuvo á un paso de ella.

—¡No darle un beso siquiera!...—pensó con la santa delectación de quien sorprende y reconoce en sí algo verdadero y absolutamente bueno.

Meditó... ó dudó, y al fin decidióse.

**

Luisa, sentada junto á la cuna, con las manos cruzadas sobre el regazo, contemplaba en mudo éxtasis á su hijo, sin darse cuenta de las lágrimas que fluían á sus ojos y deslizábanse por sus mejillas.

Estaba encantadora la bellísima esposa con su dolor tranquilo y resignado.

Mario se detuvo cerca de la puerta, vivamente impresionado ante el cuadro que se ofreció á sus ojos. Luisa, como si hubiera sentido la viudez á que iba á quedar reducida, vestía de negro; y en una silla, al pie de la cuna, encima de las revueltas ropas del niño, estaba una gorrita de éste, blanca y rizada como la espuma, y adornada con un lazo negro también, como testimonio de la orfandad á que le reducía su propio padre.

Lo que no hizo el dolor de la madre, logrólo el lacito negro de la gorra del hijo. Mario sintió en un segundo los remordimientos de toda una vida, remordimientos agudos, atroces, crueles. Y en aquel segundo de tiempo vió su torpe conducta, arrepintiéndose y quedó regenerado.

Aproximóse al grupo compuesto por la esposa mártir y el ángel inocente, y con gran sorpresa de ella, cayó de rodillas á sus pies, y prorrumpió en sollozos.

Aquella era la primera vez que Luisa veía llorar á su marido.

—¿Qué es eso, Mario?—preguntóle cariñosamente.

—Dime, ¿qué significa ese lazo?—instóla él antes de contestarla.

—Sabía que nos quedábamos, mi hijo sin padre y yo sin marido, y...

—¡Oh, mi pobre Luisa, perdóname!

Fuertemente unidos en abrazo estrecho ambos esposos, confundieron su llanto y sus caricias durante largo rato.

Luego Mario alcanzó la gorrita de su hijo, arrancó de un tirón el lazo, arrojóle lejos de la cuna, y exclamó:

—¡Tu talento y tus virtudes me han redimido, Luisa de mi alma! Yo me haré digno de ti y de este ángel del cielo.

Pedro J. Solas.

EL BOTÓN DE ANCLA

I

El potente acorazado aparecía sobre la tranquila mar del dormido puerto, como férrea fortaleza que por encanto hubiese surgido de las aguas. En su cubierta, junto á la toldilla en que el viejo comandante se hallaba, discutía acaloradamente un grupo de guardias marinas acerca de quiénes habían de ir al carnavalesco baile anunciado para aquella noche en el Gran Teatro de la ciudad, cuyos encendidos faroles lucían á intervalos sus rojizos fuegos en el obscuro fondo del puerto.

Conforme el diálogo se prolongaba, subía de tono, y cada cual hacía propuesta de lo que le era más conveniente.

—Deben ir los más antiguos...

—O los más altos...

—O los más feos...

—Echémoslo á suerte...

—Que decida el comandante...

—Pues al comandante—gritaron todos como única solución—; y dirigiéndose al anciano jefe, que había observado complacido aquel acalorado discutir, revelador de la plena vida, del entusiasmo, de la juventud.

Antes que llegasen adonde el marino se hallaba, detúvose éste, diciéndoles:

—Irán los más jóvenes; que *los viejos* siempre tendréis más paciencia para esperar al baile de mañana.

Alegráronse los elegidos; conformáronse los desechados; y al poco tiempo dos ligeras falúas partían presurosas con su alegre carga en busca del ansiado muelle.

—Compañeros, ahí viene *la capitana*; saludémosla—dijo uno, alzando al aire su plana gorra—; y al momento pasó junto á ellos un rápido esquife, tripulado por marinos de guerra, en cuyo seno iba hermosa mujer.

Era la del comandante.

II

Recostada perezosamente en ligera butaca de lona, hundía la esposa del jefe su abstraída vista en el nebuloso horizonte del mar.

Él, contemplábala con tristeza, llena el alma de amorosa compasión.

—¡Pobre mujer la del marino!—pensaba. El esposo siempre lejos; en cambio, ¡siempre cerca la intranquilidad!... Pronto haría tres años que se casaron, y ¡qué raros fueron los días pasados juntos en el hogar!... Cuando arribaba á aquel puerto, visitábala por las mañanas; ella acudía al buque por las tardes; retirábase de noche, y... nada más.



Afuera de Madrid.—APUNTE